

# Bronceado equinoccial

JORGE BATISTA

No sé si ustedes saben que, cuando el Sol se aposenta en uno de los equinoccios, las duraciones del día y la noche son iguales en todos los puntos de este planeta llamado tierra, tierra de tierra, océanos y cielos que tanto tiene que enseñarnos y a la que irresponsablemente maltratamos con nuestra absurda y equivocada filosofía de progreso. Pero, ¿por qué tengo que decir *nuestra* si en realidad a mí me repugna? Será cosa de la convención y sinuosidad del lenguaje. "Hate tol", decían mis hijos cuando querían ir a la piscina. Así que hoy, aprovechando que en el Norte brilla el Dios de la fisión, me he tumbado en una hamaca como un lagarto de El Hierro. ¿Por qué de El Hierro si estoy en Tenerife? Por dos razones fundamentales y fundamentadas: porque cuando uno escribe dice lo que le da la gana, bueno, hasta que llega el motorista con el finiquito, y porque delante de mí lona había una palmera más torcida que una Sabina. Sabina árbol, deben entender los foráneos, que el cantante ya camina derecho desde que dejó la coca. Gozaba yo del equinoccio y llevaba *pantalla total*, con lo que prácticamente era un hombre invisible. A más a más, no había ningún radical libre por los alrededores. Y yo le pregunto al mundo: ¿cómo pueden hablar de radicales libres si ahora todos los políticos son de centro? Eso sí, con algunos *asterísticos*: centro reformista, centro progresista, centro centrado, centro derecha, centro izquierda, sobre el hombro, un paso al frente, en fila de a uno, ¡ar!

Feliz como un lagarto herreño estaba cuando, sin cómo ni porqués y a mí no me preguntan, me viene a la cabeza la voz de Antonio Machado, quien me susurra aquellos versos: "Españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón". Con el respeto que siempre he tenido al maestro, le contesté: pues como no se den prisa, no van a encontrar ni una. Cierta que, como saber no puedes del mañana, es inútil entonar ditiambos, pero, señores, lo que hasta ahora habíamos entendido por España está en franco proceso degenerativo. Lo que estamos viendo, escuchando, leyendo día a día en los medios informativos, no es más que el *making off* de una bufonada sin ton ni son, sin pies ni cabeza, sin lava ni malpaís. En realidad, no lo sé exactamente.

Voy a confesarles, a riesgo de que muchos se rasguen las vestiduras, que la unidad de un pueblo que no quiere estar unido sólo puede imponerse a cañonazos. Así que, en algunas ocasiones, pienso que los procesos de autodeterminación son necesarios. Son algo así como los índices de audiencia: repugnan, pero hay que conocerlos para ver cómo va el asunto. No obstante, al igual que la Monarquía, son tabús que el sistema tiene y hasta que Susana Estrada no se quite el sujetador las cosas no avanzarán. Vamos, que creo necesario otro *destape*, ésta vez político y sindical, que se sume al de los socorridos senos y culos. Los dirigentes de nuestro tormentoso mapa autonómico deben insertarse en la basura rosa, acudir a Gran Hermano, hacer constantes declaraciones en *Aquí hay tomate*, tertuliar con Ana Rosa Quintana, la del negro, bajarse los pantalones como Boris e incluso, para mejorar, intentar ser como Pepe Benavente. Es preciso averiguar de una vez por todas quién

dispone del Rh más ario y nazi, quién la tiene más larga, quién ostenta la cabeza más astada, quién blanqueó dinero, quién traficó con influencias, quién cenó con Ana Obregón y quién demonios me ha robado el mes de abril.

No voy a ponerme catastrofista, que soy ciudadano del mundo y una vez cortado el cordón umbilical siempre he mirado hacia delante, pero, de alguna manera, España se nos escapa de las manos. Y algo se muere en el alma cuando un amigo se va. Les cansaría mucho si les contara toda una conversación que mantuve en Las Palmas de Gran Canaria (o Las Palmas de Canaria, según recogió el forense el día de autos) con Antonio García Trevijano, un pensador de primera fila, de una inteligencia analítica fuera de lo común y poseedor de la más asombrosa memoria que jamás haya visto. Hablábamos de aquello de la *ruptura* o *reforma* cuando, como dice tantas veces Pepe Alemán, Él dejó de existir entre nosotros. Hace tiempo que no sé de Trevijano, que los republicanos no lo tienen fácil en esta peculiar democracia; pero ya decíamos entonces que la reforma era un remiendo que traería problemas en el futuro. Y aquellos polvos, efectivamente, trajeron estos lodós. Los franceses hubieran asaltado La Bastilla o hubieran organizado un Mayo del 68, como mínimo. Aquí, más miedosos y con el fantasma de la guerra civil, el ancestral caínismo, un Ejército indisciplinado y otras muchas cosas que jamás sabremos, simplemente se hizo una faena de aliño, como decía el director de un periódico que tuve, cuando metía en el diario publicidad que él mismo había contratado y cuyos dividendos iban directamente a sus bolsillos sin pasar por la Administración. Sí, el periódico estaba cerca de la Serranía de Ronda.

Ya casi me da vergüenza acudir a Heráclito, no el del bar de al lado de mi casa sino el filósofo griego, sin pagarle derechos de autor. Todo fluye, todo pasa. Nuestro tiempo no es *el tiempo*. Si cayó el Muro de Berlín, si la Unión Soviética se desmembró, si Yugoslavia, ya es un recuerdo, si las Torres se fueron al piso y tantas cosas que han ocurrido desde la extinción de los dinosaurios, ¿por qué no podría desaparecer España como Estado único? Algunos están jugando con fuego y así está el monte.

Región, autonomía, nacionalidad, realidad nacional, nación... No olviden que palabra y pensamiento es lo mismo. La escalada de vocablos es también escalada de pensamiento y, asimismo, escalada de estrategias políticas. Yo ni quito ni pongo rey. Mucho menos sirvo a mi señor. No tengo ninguno. De tal modo que he adoptado un comportamiento taoísta, una actitud zen, contemplativa, serena y pacífica. Pasará lo que tenga que pasar. Ustedes no se preocupen. Si mezquinos, pencos, asesinos, fascistas, nacionalistas de pacotilla, incultos, ignorantes y atrevidos terminan por liquidarse a España como Estado, nosotros a lo nuestro, a vivir del turismo que, por fin -hace veinte años que lo llevan diciendo- va a hacer una apuesta por la calidad y la excelencia. ¡Leches! Que se me acaba el equinoccio. Son las cuatro de la tarde y, como decía a veces mi padre, tengo más hambre que un lagarto atado a una pita. Me voy a comer y me gustaría hacerlo con don Antonio Machado. ¿Qué sería de mí de no ser lo que soy gracias a los que fueron?